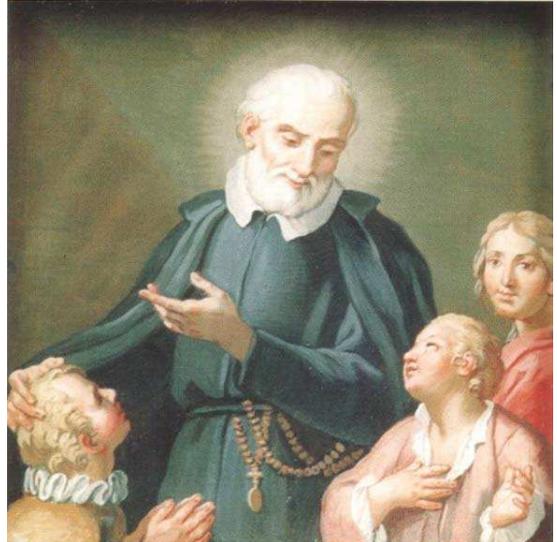


**MENSAJE DEL SANTO PADRE**  
**V centenario del nacimiento**  
**de San Felipe Neri**



El V centenario del nacimiento de san Felipe Neri, nacido en Florencia el 21 de julio de 1515, me ofrece la feliz ocasión de unirme espiritualmente a toda la Confederación del Oratorio, para recordar a quien vivió sesenta años en la Urbe mereciendo el apelativo de *Apóstol de Roma*. Su recorrido existencial estuvo profundamente marcado por el trato con la persona de Jesucristo y el compromiso de orientar hacia Él a las almas confiadas a su atención espiritual; a punto de morir recomendaba: *Quien busca otra cosa que no sea Cristo, no sabe los que quiere; quien busca otra cosa que no sea Cristo, no sabe los que pide*. De esa ferviente experiencia de comunión con el Señor Jesús nació el Oratorio, realidad eclesial caracterizada por una intensa y gozosa vida espiritual: oración, escucha y conversación sobre la Palabra de Dios, preparación para recibir dignamente los Sacramentos, formación en la vida cristiana a través de la historia de los Santos y de la Iglesia, obras de caridad a favor de los más pobres.

Gracias también al apostolado de san Felipe, el compromiso por la salvación de las almas volvía a ser una prioridad en la acción de la Iglesia; se comprendió nuevamente que los Pastores debían estar con el pueblo para guiarlo y sostenerlo en la fe. Felipe fue guía de muchos, anunciando el Evangelio y dispensando los Sacramentos. En particular, se dedicó con gran pasión al ministerio de la Confesión, hasta la noche de su último día terreno. Su preocupación era la de seguir constantemente el crecimiento espiritual de sus discípulos, acompañándoles en las asperezas de la vida y abriéndoles a la esperanza cristiana. Su misión de “cazador de almas” se veía favorecida ciertamente por el atractivo singular de su persona, marcada de calor humano, alegría, mansedumbre y suavidad. Estas peculiaridades suyas tuvieron su origen en la ardiente experiencia de Cristo y en la acción del Espíritu divino que le había dilatado el corazón.

El Padre Felipe, en su método formativo, supo servirse de la fecundidad de los contrastes: enamorado de la oración íntima y solitaria, enseñaba en el Oratorio a rezar en fraterna comunión; fuertemente ascético en su penitencia incluso corporal, proponía el esfuerzo de la mortificación interior marcada por la alegría y la serenidad del juego; apasionado anunciador de la Palabra de Dios, fue predicador tan parco en palabras que se quedaba en pocas frases cuando le embargaba la emoción. Ese fue el secreto que hizo de él un auténtico padre y maestro de las almas. Su paternidad espiritual brillaba en todo su obrar, caracterizado por la confianza en las personas, por el huir de tonos sombríos y ceñudos, por el espíritu festivo y alegre, por la convicción de que la gracia no suprime la naturaleza sino que la sana, la robustece y la perfecciona.

San Felipe Neri es además un luminoso modelo de la misión permanente de la Iglesia en el mundo. La perspectiva de su acercamiento al prójimo, para manifestar a todos el amor y la misericordia del Señor, puede constituir un válido ejemplo para obispos, sacerdotes, personas consagradas y fieles laicos. Desde los primeros años de su presencia en Roma, ejerció un apostolado de la relación personal y de la amistad, como vía privilegiada para abrir al encuentro con Jesús y el Evangelio. Así lo atestigua su biógrafo: «Se acercaba poquito a poco ahora a éste, ahora a aquel, y todos se hacían enseguida sus amigos». Amaba la espontaneidad,

rehuía el artificio, elegía los medios más divertidos para educar en las virtudes cristianas, al mismo tiempo que proponía una sana disciplina que implica el ejercicio de la voluntad para acoger a Cristo en las cosas concretas de la propia vida. Su profunda convicción era que el camino de la santidad se funda en la gracia de un encuentro —con el Señor— accesible a cualquier persona, de cualquier estado o condición, que lo acoga con el asombro de los niños.

El estado permanente de misión de la Iglesia os pide a vosotros, hijos espirituales de san Felipe Neri, no contentaros con una vida mediocre; al contrario, en la escuela de vuestro Fundador, estáis llamados a ser hombres de oración y de ejemplo para atraer a las personas a Cristo. En nuestros días, sobre todo en el mundo de los jóvenes, tan queridos al Padre Felipe, hay una gran necesidad de personas que recen y sepan enseñar a rezar. Con su «intensísimo cariño al Santísimo Sacramento de la Eucaristía, sin el cual no podía vivir» —como declaró un testigo en el proceso de canonización—, nos enseña que la Eucaristía celebrada, adorada, vivida es la fuente a la que acudir para hablar al corazón de los hombres. En efecto, *con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (Evangelii gaudium, 1)*. Que esa alegría, característica del espíritu oratoriano, sea siempre el clima de fondo de vuestras comunidades y de vuestro apostolado.

San Felipe se dirigía afectuosamente a la Virgen con la invocación «Virgen Madre, Madre Virgen», convencido de que esos dos títulos dicen lo esencial de María. Que Ella os acompañe en el camino de una adhesión a Cristo cada vez más fuerte y en el compromiso de un celo cada vez más verdadero al dar testimonio y predicar el Evangelio. Mientras os pido que recéis por mí y por mi ministerio, acompaña estas reflexiones con una especial Bendición Apostólica, que imparto de corazón a todos los miembros de las Congregaciones oratorianas, a los laicos de los Oratorios seculares y a cuantos están asociados a vuestra familia espiritual.

Vaticano, 26 de mayo de 2015

**FRANCISCO**